

NIÑEZ DE CAJAL

Doctor JUAN NASIO

BUENOS AIRES.

CAJAL fué maestro hasta en su niñez, sin quererlo. Su vida de niño, llegada hasta nosotros por distintos conductos, y en particular por las narraciones de su infancia contadas por él mismo, se destaca singularmente por una inquietud muy grande y una indisciplina que ha motivado una serie inusitada de exageraciones en sus biógrafos, ya que en él constituyó una indocilidad propia de los niños de su edad, pero aumentada por sus reacciones características frente a los hechos que iban tejiendo el desarrollo de su personalidad, y que ya revelaban virtudes creadoras.

Su carácter indómito e indisciplinado hace recordar el desarrollo juvenil de San Agustín. Como el obispo de Hipona, exhibía una vivacidad que le permitía desafiar el presente mirando hacia el porvenir. De ahí que sus ansias inagotables se rebelaran contra las cadenas que los prejuicios o las costumbres pretendían encerrar. Como a San Agustín, los zurriagazos y golpes que recibía de sus maestros no lograban reducirle.

A nuestro criterio, las travesuras risibles o amargas de la mocedad de CAJAL, su indisciplina y su inobservancia de las prácticas y del orden del respeto convencional, eran un índice indiscutido de la singularidad de un hombre que más tarde habría de luchar una y mil veces contra todo y contra todos para imponer sus descubrimientos, a los que la Historia ha tenido que rendir sincero tributo. Cuando admiramos su valentía, nos sorprende su perseverancia sin desmayos para imponer sus trabajos y sus persistencias sin claudicaciones en sus hipótesis y teorías, explicándonos entonces lo que significaban la indocilidad y la rebeldía del CAJAL del bachiller.

Zulueta, al prologar el libro del propio maestro *La infancia de Ramón y Cajal*, nos dice: «La infancia de CAJAL es profundamente educadora. Lo malo de este niño no interesa, porque ¡no es un niño! Y como no es, en realidad, un niño, nos enseñará de veras a ser un hombre» (1).

El mismo CAJAL confiesa la importancia de los juegos infantiles que tanto dan que hacer a los padres impacientes y poco comprensivos, y que no constituyen otra cosa que una gimnasia precoz o inocente para la lucha que luego habrán de afrontar en los juegos más serios de la vida terrena.

Veamos sus palabras: «Tienen los juegos gran importancia para la vida de acción y de conocimiento. En estos certámenes de agilidad y de fuerza se demuestran el valor, la osadía, la astucia; se adquieren cualidades del espíritu y se templa y robustece el cuerpo para las luchas de la vida.» «Allí estaba yo preparando tambores y cencerros, fabricando flautas y chifletes que hacía de caña, con sus correspondientes agujeros, lengüetas y hasta llaves. Santiago Apóstol me gustaba representarlo tal como le veía en las estampas: galopando intrépido sobre una parva de cadáveres de moros, la espada en la diestra y el escudo en la siniestra» (2).

Muchas veces el genio se forma en el caldo de cultivo de la rebeldía contra el aparente orden y las cerradas convenciones sociales que engendran la rutina y la hipocresía. El adolescente se rebela contra ciertos prejuicios que, como hierros o barrotes de prisiones, en lugar de regular o encauzar los derechos y obligaciones del ser humano, aprisionan vocaciones y nobles ambiciones. Ello ocurre en jóvenes que, como CAJAL, saben de rebeldía y de perseverancia.

La educación de CAJAL es una lección a los padres y a la sociedad que desea saber cómo educar a sus hijos. CAJAL se educó con sus padres, pero también sólo a través de su propia experiencia. Siempre la experiencia significa aprender algo a costa de algo. No se experimenta si no se sufre. Experiencia sin sacrificio es dormir eternamente.

La tenacidad para la lucha y la fe en el porvenir las heredó CAJAL de su padre, JUSTO RAMÓN, que desde mancebo en la casa de un cirujano, haciendo de barbero y sangrador, a hurtadillas, comienza a leer libros de Medicina. En esta humilde condición forja su ambición de ser médico, y es recorriendo toda España, con un afán invencible y un espíritu sin dobleces, como recibe el grado de cirujano con la más alta nota de examen, y llega a ser uno de los mejores cirujanos españoles de la segunda mitad del siglo XIX.

El amor al hogar y a los hijos los recibe también de don JUSTO RAMÓN. Este, apenas instalado en Petilla, se dirige a su pueblo natal, Larrés, y contrae matrimonio con una mujer que unía a su belleza un gran espíritu de compañera. Esta gran mujer montañesa habría de ser la augusta madre que engen-

(1) RAMÓN Y CAJAL (S.): *La infancia de Ramón y Cajal, contada por él mismo*. Prólogo de Luis de Zulueta. Madrid, 1925. Reus, S. A., pág. 8.

(2) RAMÓN Y CAJAL (S.): *La infancia de Ramón y Cajal, contada por él mismo*. Prólogo de Luis de Zulueta. Madrid, 1925. Reus, S. A., pág. 8.

drara en CAJAL la emotiva ternura que lo caracterizó a través de toda su proyección social.

La partida de bautismo expresa que SANTIAGO FELIPE RAMÓN Y CAJAL nació el 1 de mayo de 1852, y consta que su abuelo paterno y su padrino eran labradores y su abuelo materno tejedor, quedando así demostrado que todos sus familiares eran decididamente aragoneses y de una honrosa humildad. La parroquia de San Millán, en Petilla de Aragón, fué la destinada por Dios para bendecir a un noble cristiano y gran español que iba a rendir tantos frutos al mundo.

Los biógrafos de CAJAL han sido injustos al no ocuparse de la característica del pueblo en que nació el ilustre sabio. Claro está que un pueblecito que, aún hoy, no llega a contar, calculando el Bastán de Petilla, con 350 almas, parecería tener una significación accidental en la personalidad del hombre que nos ocupa. Sin embargo, en España, como en todos los pueblos idealistas, la cantidad nunca marcha paralela a la calidad. Petilla de Aragón es el símbolo más elocuente de lo que significa en España la tradición. Petilla, a pesar de encontrarse en la provincia de Zaragoza, región de Aragón, vive y se administra como una isla de Navarra. Esta isla terrestre, en la que cualquier historiador buscaría en vano factores históricos para explicar semejante paradoja geopolítica, no nos dará la justificación que hay que asignarle. Sólo podemos decir que CAJAL nació en un pedazo de Navarra dentro de Aragón. Simbiosis geográfica mejor no conocemos. Al mismo tiempo que nos habla de la unidad de España y de la compatibilidad de las provincias, marca también la autonomía moral en la tradición histórica. No es la única isla terrestre existente en España, ya que tenemos otras, entre las cuales se encuentra el Condado de Treviño, situado en Alava, próximo a Vitoria, que corresponde a la provincia de Burgos. Navarro por tradición, aragonés por la tierra en que nació y español por carne y espíritu, CAJAL recibió la influencia del mar Cantábrico, de los Pirineos y de esa hueste de hombres que desde la cueva de Covadonga contribuyeron a forjar la gloria y defensa de España.

CAJAL tiene en su padre el primer maestro, que no solamente le enseña las primeras letras cervantinas, sino que le inicia en el estudio de la lengua gala. Aprende francés entre pastores, junto a la Naturaleza, y comprendiendo desde niño que otras lenguas no se enseñan para un conocimiento más, sino para poder acercarse a otras culturas, contribuyendo a la comprensión de que el ser humano es único. Es frecuente comprobar el erróneo concepto que se tiene de las lenguas que se enseñan persiguiendo fines prácticos o subalternos. Este error lo comprendió sabiamente el padre de CAJAL, que al enseñar a su hijo las primeras frases francesas no buscaba hacer de él un poliglota o dilettante de lenguas extrañas, sino que pretendía que alcanzara la comprensión de otros pueblos vecinos. No soñaba el padre del gran sabio que los primeros descubrimientos de su hijo iban a ser doblados al francés, pero sí deseaba que comprendiera que el mundo de los hombres no lo cierran las fronteras, las que, por el contrario, sirven para encuadrar mejor las contribuciones de los distintos pueblos al progreso incesante de la Humanidad.

Sus estudios de bachiller fueron no muy regulares y salpicados de muchas anécdotas que exhibían su insistencia en materializar su vocación artística y la poca pasión por los estudios. Alejado de sus padres, educóse en medios superiores a su humilde

condición económica, lo que provocaba distanciamientos con el resto de sus compañeros y las chanzas por las ropas que vestía.

Dolióle a CAJAL el estúpido orgullo de sus condiscípulos por haberle adelantado unos años a consecuencia del justo castigo que le impusiera su padre enviándolo a practicar de barbero y zapatero, con el objeto de que sufriera el sacrificio que él mismo tuviera que experimentar cuando comenzara sus estudios de Medicina. Sobre este castigo, no pocos autores se han permitido el atrevimiento de afirmar que el padre no supo comprender la vocación del futuro sabio. Tamaña injusticia no es posible permitir. Dejemos hablar al propio castigado: «Había transcurrido un año de mi vida zapateril, cuando mi padre, satisfecho del experimento educativo y creyéndome curado de mis fantasías, dispuso mi vuelta a los estudios» (3). JUSTO RAMÓN, además de comprender a su hijo, lo quiso entrañablemente. El padre del gran sabio otorgaba experiencia a UNAMUNO cuando éste, más tarde, afirmaba en una carta a ARZADUM: «Ahora creo que hacer un hombre es la obra de arte más delicada y gloriosa... Si hoy tuviera un hijo y prendiera fuego a la casa, ¿a quién acudiría primero? ¿A salvarle a él o a salvar mis notas, mis apuntes, los hijos de mi mente, hijos de una labor tan larga, tan entusiasta, tan caliente?» (4).

Su espíritu de lucha lo adquirió siendo niño. Habiendo sufrido serios golpes al luchar contra un compañero de mayor edad, se ejercitó durante largo tiempo en el boxeo, luego de lo cual, en una nueva confrontación de fuerzas, logró vencer a este mismo rival. Esta perseverancia para la lucha, que en lugar de enervarse ante el obstáculo se intensifica más, es el misterio del triunfo de CAJAL. Triunfa a pesar de las vallas que le colocan la ignorancia, el prejuicio, la envidia o el egoísmo humano. Triunfa con ellos y gracias a ellos, demostrando una y mil veces que el éxito corresponde no solamente al más capaz, sino al incansable, al que convierte la perseverancia en una disciplina del espíritu, al que transforma la duda en investigación, y, por fin, a aquel que no llora ante los escollos que ofrece el progreso, sino que trabaja con más alegría y más fervor cuantos más obstáculos se presentan para embarrar el camino.

Los inconvenientes que encuentran los hombres en la lucha por la vida no deben ser pretexto para enmascarar el ocio, disfrazar la incapacidad o disimular la abulia. Las quejas de estos hombres son diagnósticos seguros de ausencia de éxito y falta de convicción íntima en el objeto de la lucha. Ignoran los que así proceden que no existe avance humano sin superación de obstáculos. Los mismos no son más que resultantes del propio progreso. A tal punto es verdad esta afirmación, que no puede haber progreso en ninguna actividad humana sin dificultades. No es que sea imprescindible la existencia de tropiezos para luchar por la vida, sino que es necesario considerar a los mismos como hijos naturales de los esfuerzos que realiza el hombre para contribuir al adelanto de la Humanidad. Este fué el descubrimiento más grande de CAJAL: desenmascarar los obstáculos y ver en ellos no barreras de rabia o de llanto, sino, por el contrario, aliento para luchar. Los obstáculos con que tropezara COPÉRNICO

(3) *Ibidem*, pág. 118.

(4) BÉNTEZ (H.): «La crisis religiosa de Unamuno». En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1949, número 9, pág. 23.

co, quien llegó a bosquejar el sistema heliocéntrico, echando por tierra el geocéntrico de PTOLOMEO, no sirvieron para otra cosa que para superar todas las dificultades que quedaron del esfuerzo gigantesco que realizó el gran astrónomo egipcio. A su vez, COPÉRNICO es superado por GALILEO, quien, en su vida preñada de sacrificios, logra no solamente decidir el porvenir de una ciencia, sino que cambia los cimientos de toda la investigación científica. Esta es la verdad de la superación de obstáculos o de escollos. Será necesario insistir sobre el mito de los obstáculos para afirmar, de una vez por todas, que donde hay obstáculos hay probabilidad de progreso y no adelanta quien no los supera. Esta verdad, no solamente humana, sino biológica, se aprecia cuando se estudian las distintas etapas del desarrollo de la escala animal o la del huevo al embrión.

CAJAL aprendió, en este su primer descubrimiento, que nunca fué publicado ni definido, ya que lo llevaba en la intimidad de su ser, que las dificultades

debían ser naturalmente superadas por el esfuerzo humano.

Al finalizar su azaroso bachillerato—en ese entonces Humanidades—concorre a la Escuela de Medicina de Zaragoza y se aplica de aprendiz de Anatomía y ayudante de Disección anatómica, junto a su padre, que era cirujano de la Beneficencia Provincial y profesor interno de Disección de dicha Facultad. Comienza entonces su estructuración mental como investigador científico, guiado por su padre, que tenía un claro concepto de la verdadera formación médica.

Entraba a la Universidad no un bachiller indócil y de regular preparación, no; entraba un adolescente con vocación artística, espíritu de lucha y amor a todo lo que fuera Naturaleza. Pero su bagaje más precioso estaba constituido por su educación, eminentemente cristiana, la que le iba a permitir desarrollar y cristalizar sus virtudes y aptitudes. Tenía, pues, en sus manos la llave del éxito moral.

